

El curandero de Aliste

Aliste es una comarca de Zamora que se encuentra al oeste de la provincia, lindando con Portugal. Se trata de una zona muy deprimida, como la nuestra, con pueblos pequeños poco poblados. En uno de estos pueblos vivía, en la segunda mitad del siglo XX, un curandero al que acudía mucha gente buscando alivio para sus males.

La del curandero, es una profesión que ha venido a menos, pero en el siglo pasado, hasta bien entrada la segunda mitad del mismo, estaba en pleno apogeo.

Hay varios tipos de sanadores: unos “lo curan todo” y otros, en cambio, se especializan en determinadas enfermedades: dolores articulares y musculares, culebrones, hernias, problemas de la piel...

El curandero de esta historia era del primer grupo: trataba todo tipo de enfermedades. Su gracia (habilidad) es que no necesitaba preguntar qué le ocurría a los clientes. Les miraba, les tomaba el pulso y así adivinaba el sitio del cuerpo donde tenía el mal el paciente. El curandero decía que, al tomar el pulso a los enfermos, sentía en su propio cuerpo, en la misma localización, la misma dolencia que estos. Una vez sabida ésta, obviamente, indicaba el tratamiento a seguir.

Pero, se daba una circunstancia: A nuestro curandero, a consecuencia de un antiguo accidente, le habían amputado una pierna y, en su lugar, tenía una pierna ortopédica.

Un día llegó a la casa del curandero un paciente que tenía dolores en una pierna y conocía la metodología de trabajo del curandero. Confiaba en que la pierna que le faltaba al sanador no fuera la misma donde él tenía su dolencia pues, entonces, éste no podría saber el mal que le aquejaba. Sus esperanzas desaparecieron cuando le vio. No obstante, ya estaba allí y decidió continuar la consulta con el curandero.

Éste, como siempre, no le preguntó por sus males. Se disponía a tomar el pulso al paciente, como era habitual, para localizar su enfermedad y, entonces, éste preguntó:

- Antes de nada, una pregunta. Usted cuando toma el pulso sabe dónde está la enfermedad de los que venimos, porque la siente en el mismo sitio en su cuerpo. ¿Es cierto?

- Es cierto, contestó muy serio el curandero.

- Y si yo tuviera el mal en la pierna que a usted le falta, ¿cómo va a saber lo que tengo, entonces?

- Eso es muy fácil, respondió el curandero, sin inmutarse. Si yo tomo el pulso a alguien y no siento nada, entonces es que el mal lo tiene, precisamente, en esa pierna.

El curandero de Muñoz

Muñoz es un pueblo que está al lado de La Fuente de San Estaban. Allí había un curandero que era famoso por tierras de Salamanca. Éste señor, pasaba consulta en su pueblo y también en Salamanca. Vamos a situar esta historia en la década de 1970.

Yo era muy escéptico y no creía en curanderismos, brujerías ni en cosas milagrosas, ajenas a la ciencia y que, además, costaban dinero a los ingenuos que iban a estos lugares; pero, cuando tuve ocasión de conocer al mencionado curandero, mi escepticismo desapareció y la hostilidad que sentía hacia ellos, se transformó en verdadera admiración.

Un día, en Salamanca, mi padre estaba con un amigo que quería ir a la consulta del mencionado curandero y éste no sabía donde pasaba la consulta –no se anunciaban en la guía telefónica, ni en el periódico- Mi progenitor sí lo sabía pero no podía acompañarle y me pidió que lo hiciese yo. Así que, sin creer en curanderos - estaba estudiando medicina - y, sin comerlo ni beberlo, me encontraba camino de la consulta del sanador, acompañando al amigo de mi padre.

Antes de llegar a nuestro destino, le hice al hombre esta una advertencia:

- Mire, no se le ocurra decir, en ningún momento, que estoy estudiando medicina. Me daría mucha vergüenza.

- Tu tranquilo, no diré nada. Pero, te va a interesar, ya verás, dijo este. Dicen que lo adivina casi

todo. Creo que te ve, y sin apenas preguntarte nada, sabe lo que te pasa.

Desde luego que el sitio del encuentro no era lo que yo me esperaba. Los curanderos solían vivir en los pueblos, y citaban a los pacientes a deshoras (temprano o ya entrada la noche), para que su actividad pasase lo más desapercibida posible. En cambio, estábamos en un piso, en plena ciudad y la cita era a la una del mediodía. Evidentemente, no deseaba pasar desapercibido.

Llamamos al timbre y oímos pasos que se cercaban a la puerta.

- ¿Quién es? , dijo alguien desde dentro, antes de abrirnos.

Pues todo no lo adivina, pensé yo para mis adentros.

Salió a recibirnos un hombre de mediana edad, bien vestido, mejor que algunos de los médicos rurales que yo conocía. Nos hizo pasar a un despacho, echó una rápida mirada a los dos, y después miró atentamente a mi acompañante. Llegó rápidamente a la conclusión que él era el paciente. Éste, se aproximaba a los 60 años, yo estaba en los 21. Él llevaba un bastón, yo no. En fin, que averiguar quién era el cliente no le supuso gran dificultad.

Nos hizo sentar y se dirigió al paciente en estos términos:

- No me diga usted nada, yo hablaré. Responda, sólo, cuando le pregunte.

Los dos observábamos con atención a nuestro interlocutor. Éste miraba fijamente al enfermo y comenzó a hablar lentamente.

- Usted anda mal y cojea un poco porque le duelen la cadera y además la espalda. ¿Me equivoco?

- No, respondió el aludido.

- No ve bien para cerca, pero para lejos se defiende. Tiene gafas, pero no le gusta mucho ponérselas. No oye mal, pero cuando hay mucha gente hablando a la vez, no entiende bien lo que dicen. Fuma bastante, aunque sabe que le perjudica. Su aparato digestivo funciona divinamente, quiere perder algunos kilos, pero sin pasar hambre.

Está casado y su mujer, aunque le quiere, debería portarse con usted mucho mejor de lo que hasta ahora lo hace. Tiene buen humor. Es valiente y no le da miedo morir, pero no quiere padecer males, hasta que le llegue la hora.

Ha estado en manos de médicos, no han podido curarle y por eso ha venido hoy a verme.

Yo puedo mejorarle mucho el problema de la pierna y de la espalda, pero curarle del todo no. Si lo acepta así, seguimos; si no, lo dejamos.

Mi acompañante estaba encantado, no había abierto la boca y el curandero prácticamente lo había adivinado todo. Solo pudo responder que efectivamente, ese era el motivo de la consulta, y que aceptaba su tratamiento. Un hombre que tenía tantos poderes, que sabía tantas cosas sobre él, sólo con verlo, indudablemente iba a mejorarle, tanto el problema de la pierna, como el de la espalda. O él, o nadie. Así debió pensar el paciente.

Sin tocar, ni ver, la pierna y la columna -para qué-, le recomendó unas friegas en la espalda con un "ungüento", que vendían en una ¡farmacia próxima! Le indicó que no cogiese grandes pesos, que pasease y que no se cansase demasiado.

Acabó la consulta tras darle unos "sabios" consejos:

- Beba agua en abundancia. El vino si es bueno no hace daño alguno. Puede tomar 3 vasos al día, sin ningún problema. La cerveza tampoco está mal. El whisky y los alcoholes blancos no le convienen, en cambio, una copa de coñac, de vez en cuando, también es buena.

Fume poco. Coma productos de la huerta. De la matanza, coma chorizo, salchichón, jamón o lomo. El tocino no le conviene tanto, pero puede probarlo..

Yo estaba sorprendido por la capacidad de observación del personaje: Por el modo de caminar, de mi acompañante, con el bastón; así como, por la forma de sentarse, había apreciado que tenía una dolencia en cadera y espalda. Por su edad, sabía que la vista y el oído no funcionaban demasiado bien. Algunos dedos amarillentos indicaban que fumaba en demasía. Su obesidad delataba, además, que era amigo de la buena mesa y que no le gustaban los esfuerzos. Obviamente el aparato digestivo funcionaba de maravilla. Claro que deseaba adelgazar, pero sin pasar hambre ¡como todo el mundo! Por otra parte, los obesos suelen ser gente simpática, muy apegada a la vida, quieren morir a su hora, pero sin sufrir (de lo más lógico).

Era evidente que si estaba en el curandero era porque, previamente, había pasado por uno o varios

médicos que no le habían curado.

Todo lo que había dicho era obvio y válido para todos los mortales. Lo de la mujer, fue un golpe maestro: La alianza en el dedo le delataba como hombre casado, y ¿a qué hombre que lleve muchos años de matrimonio, no le trata su esposa peor de lo que se merece?

Además, le dijo que comiese jamón y embutidos, y que no abusase del tocino. También, que bebiese el vino sin problemas. Que pasease sin cansarse. Que fumase menos. O sea, que lo hiciese todo con moderación -un consejo válido para toda la humanidad-.

Cuando el curandero hacía sus afirmaciones, miraba fijamente al rostro del enfermo y éste, inconscientemente, asentía a cada aseveración que hacía el primero, con lo cual, el sanador estaba seguro de estar acertándolo todo.

El amigo de mi padre estaba muy satisfecho cuando pagó "la voluntad".

Al abandonar la consulta, mi opinión sobre los curanderos había cambiado radicalmente. Pensaba que un señor que le dice a la gente lo que quiere oír, merece que se le pague.